

## Identidad y formación: De conservaciones, superaciones y rupturas.

*Nora Aquín<sup>1</sup>*

### **1.- INTRODUCCION.**

Es importante reconocer que lo que aquí se diga tiene una historia, hecha de prácticas y representaciones, que los aspectos que logre poblar y aquellos otros que deje vacíos representan una síntesis de historia, coyuntura, análisis y acciones, situados en un espectro de utopías posibles. Asimismo, hay que aceptar que lo que se diga, se escriba o se haga tiene una inscripción en un punto de vista, que no es el único, ni siquiera podemos afirmar que sea el mejor, pero que nos amarra, nos orienta, nos sostiene, en una red en donde las razones y los conceptos son apenas un aspecto, que se entraman con ideología, deseo, experiencia sedimentada, afectos, esperanzas.

Reflexionar acerca del Trabajo Social en relación a las condiciones sociales y su capacidad de respuesta frente a las mismas, es ya para nosotros una práctica frecuente. Si bien es cierto que casi todas las profesiones debaten permanentemente nuevos problemas y situaciones, ésta es una disciplina que como ninguna otra en las Ciencias Sociales, precisa revisar-los y revisar-se. Este constante proceso de cuestionamiento, mueve a algunos colegas a la queja. Sin embargo, creemos que esta práctica constituye uno de los soportes éticos más preciados que están consolidados en nuestra profesión. Al decir de Nicolás Casullo, permanecemos "con la vigilia de la negatividad, con el insomnio de teorías de la sospecha frente a los arrasadores espíritus de época".

---

<sup>1</sup> Trabajadora Social Argentina, Córdoba. 1999.

La pregunta por nuevos caminos es cuasi estructural a la profesión, quizá en gran medida porque ella se dirige a los aspectos más duros de nuestra realidad, y la intervención de cara al conflicto social más urgente produce siempre algún desfasaje en la necesaria articulación entre conocimiento, producción del mismo e intervención eficaz. De ahí que Trabajo Social carga como un plus el peso de convivir en su quehacer con las más graves problemáticas de la vida de los sujetos. Desde luego, no puede decirse que sea la única disciplina que carga con este peso adicional. Pero entendemos que la búsqueda permanente por mejorar nuestra capacidad de respuesta está habitada por algunos "fantasmas", algunos "espectros" recorren nuestro campo, sobre todo en relación a nuestra identidad.

En efecto, si tomamos algunas designaciones que nos han otorgado distintos autores de la teoría social en general, y de la teoría del Trabajo Social en particular, encontramos que hemos sido considerados alternativamente como bomberos del Estado, fiscalizadores de la pobreza, policías de las familias, agentes de control social. Todas estas designaciones producidas por lo que podríamos llamar miradas "calificadas" nos han significado, por un lado, desde el polo del Estado -bomberos, fiscales, policías- pero además -y esto no debe ser soslayado- desde el polo de la negatividad. Simultáneamente, la mirada de los sectores con quienes trabajamos nos invisten con una extensión de la imagen con que el Estado se ha presentado históricamente a la sociedad: somos en su imaginario los benefactores, volcados principalmente hacia el bienestar de los ciudadanos, guardianes de la justicia, detentores de una ética incorruptible, representantes de intereses generales. A través de estas imágenes viene a coincidir la presentación social del trabajador social con la presentación social que históricamente ha asumido el Estado a través de sus políticas sociales.

Y entre estas dos representaciones, nuestro propio discurso que no siempre logra diferenciarse, que no siempre puede superar nuestra atadura -tanto material como simbólica-, con este tipo de discursos. Estas distintas representaciones producen una circulación simbólica a veces conflictiva y confusa y, en tanto soporte de nuestra intervención, nos juegan malas pasadas y no pocos enredos, que muchas veces oscurecen la aprehensión del significado real de nuestra práctica.

Creemos en este sentido que hay un proceso de constitución de nuestra disciplina fuertemente signado por una relación discursiva de externalidad, inscripta en sus orígenes<sup>2</sup> y por lo tanto difícil de superar. Este mito de los orígenes ha operado como fuente de ambigüedades, de incertidumbre de nuestras fronteras, de indecisión de nuestros contenidos. Y en este sentido, vale recordar que el sentido y direccionalidad de las profesiones no se define sólo por contenidos discursivos, y mucho menos por la sola voluntad de los agentes profesionales, sino que se define por su inserción en la dinámica social como una práctica social específica, condicionada por determinaciones objetivas y por la correlación de fuerzas vigente. Y si de determinaciones objetivas y correlación de fuerzas se trata, la cuestión se torna compleja de cara al 2000, también para el Trabajo Social.

## **2.- EN QUE CONTEXTO VENIMOS A DISCUTIR IDENTIDAD Y FORMACION.-**

Estamos siendo testigos atónitos de varios genocidios simultáneos, bajo la mirada, en unos casos complaciente, en otros indiferente, de quienes tienen el poder en el plano internacional. Se muere y se mata en nombre de identidades antagónicas. Recrudece el fascismo, peligra la democracia, se duda del valor de la política, y todo este espectáculo se mira con la lente del cálculo y del pragmatismo. Al decir de Waldo Ansaldi, este mundo, que conlleva riesgos ciertos de uniformidad en todos los planos -incluyendo el muy decisivo de la cultura, donde se expresan las identidades, por la creciente macdonaldización de las sociedades, con su secuela de mecanismos de control individual y colectivo fundados en sistemas racionalizados, es también un mundo caracterizado por un brutal incremento de la desigualdad, probablemente sin parangón en la historia de la humanidad, y que es observable tanto a escala planetaria como al interior de cada sociedad.

La pérdida de integración social de amplios sectores de la población, el aumento de la pobreza con el concomitante aumento de la desorientación, el nuevo perfil de las políticas estatales y por lo tanto la reconfiguración regresiva de las relaciones Estado-sociedad, conforman un núcleo temático que sin duda genera entre nosotros malestar. Y decimos malestar como sinónimo de un **vacío de**

<sup>2</sup> Pensemos, por ejemplo, en el compromiso doctrinario de los precursores con los principios religiosos -en el caso de la caridad- y éticos -en el caso de la filantropía-, compromiso que se manifiesta una y otra vez a lo largo de nuestra historia, sea que aparezca como identificación entre objetivos estatales y profesionales, o como identificación entre militancia y profesión.

**valores de orientación.** De esta vacancia se nutren iniciativas violentas y caóticas; se acrecienta la tentación del encierro en sí mismo, pero también la inclinación a combatir lo OTRO, presunta encarnación del mal y de las propias dificultades.

Podríamos decir, igual que aquella hermosa canción que canta Ana Belén, "me mata la estupidez de llegar a un fin de siglo distinto del que soñé". Dicho en otros términos, **CRISIS DE LA MODERNIDAD** y de sus postulados básicos. Posmodernos por ósmosis en medio de una modernización pendiente.

Pero de las innumerables mutaciones contextuales a las que asistimos, queremos detenernos en los aspectos del relato postmoderno que creemos que afectan en mayor medida a las prácticas y representaciones del Trabajo Social: si el relato post moderno declara la obsolescencia del ideal de progreso, de la razón histórica, de las vanguardias, de la modernización integradora, de las ideologías, de las utopías, ¿qué es lo que proclama en cambio? Básicamente, **la exaltación de la diversidad, el individualismo cultural, la multiplicidad de lenguajes, formas de expresión y proyectos de vida, y el relativismo axiológico.** Propuesta vaga que puede dejarnos sin futuro, postrados ante los hechos consumados, y que es fuente de profundo malestar. Malestar que se profundiza apenas logramos desentrañar los servicios que el postmodernismo presta a la ofensiva político-cultural de la economía de mercado. De hecho, la retórica post moderna ha sido provechosamente capitalizada por el neoliberalismo para poner al día un ansiado proyecto de hegemonía cultural: reculturalización a través del discurso postmoderno que legitima la ofensiva del mercado de los años 80, vale decir, que tiende a hacer coincidir los gustos de la gente con la promoción de las políticas promercado y con la consolidación del sistema capitalista transnacional.

Veamos cómo se conectan las críticas postmodernas y el proyecto cultural neoliberal:

1.- La exaltación de la diversidad, tan cara al discurso postmoderno, redundando en la exaltación del mercado, como única institución que garantiza la diversidad de gustos, proyectos, lenguajes y estrategias, y única que evita los excesos intervencionistas del Estado, que sólo tendrá funciones subsidiarias allí donde el mercado se muestra insuficiente. La desregulación es el correlato práctico de la apuesta valórica del respeto por las diferencias. Y aquí es donde todos los gatos se

vuelven pardos: pierden relevancia los problemas de disparidad social, de heterogeneidad estructural, etc.

2.- La crítica de las vanguardias se traduce en una crítica de la función transformadora de la política, por una parte, y por otra en una crítica a la planificación e intervención desde el Estado para ordenar, regular u orientar el curso de la sociedad. Pone al Estado como un actor social más, y luego objeta su intervención como voluntad de dominio de un actor sobre otro.

3.- Al no haber lugar para dinámicas emancipadoras ni utopías, no hay por qué cuestionar la sociedad presente, lo que vale son los hechos consumados, la sociedad de consumo, el derroche, la alienación del trabajo, la brecha entre países, la marginalidad, el tecnocratismo.

4.- La crítica de las ideologías y de las utopías se vuelca específicamente sobre el igualitarismo, y sobre todos los aspectos ideológicos que se desprenden de la teoría marxista.

5.- La crítica de la modernización integradora transforma las asimetrías estructurales en una sana muestra de diversidad, y relativiza indicadores centrales del desarrollo, tales como la mayor cobertura en los campos de salud y educación.

Por eso es que podemos afirmar la existencia de una sincronía entre la ofensiva del mercado, la desestabilización de los contenidos culturales vigentes en el proyecto de la modernidad, y la inculcación de un modelo cultural y funcional al mercado. Y entonces se produce un confuso uso de eufemismos: es más seductor hablar de la diversidad que de las asimetrías, del polimorfismo cultural que de la competencia individual, del deseo que de la maximización de las ganancias, del juego que del conflicto, de la creatividad personal que del uso privado del excedente económico; la dimensión ética es reemplazada por el encanto estético; la negligencia frente al futuro se disfraza de pasión por el mercado. Así, las contradicciones estructurales del capitalismo se legitiman culturalmente de la mano del discurso postmoderno. Algo así como que la mona se viste de seda: sensibilizar culturalmente a las personas para lubricar la hegemonía neoliberal.

Cuando, como en los procesos que nos atraviesan, apelando a la idea de libertad se cercena la igualdad y se niega la diferencia, o por el contrario, cuando en

nombre de la igualdad se mutila la libertad y se niega el derecho a la diferencia para concluir en la uniformidad, la búsqueda de una nueva utopía que realice los tres valores y los consolide en el marco de la justicia, es una tarea que incluye a la discusión académica al mismo tiempo que la trasciende, y se convierte en un aspecto prioritario en la agenda de quienes queremos un mundo mejor. A partir de entonces, la cuestión no es solo académica sino fundamentalmente política.

### **3.- ESTA OFENSIVA SOCIOCULTURAL TIENE EVIDENTES EFECTOS EN EL CAMPO DEL TRABAJO SOCIAL.-**

Hemos enfatizado estas mutaciones socioculturales porque tienen efectos claros a nivel de nuestra profesión. Mencionemos algunos:

1.- En primer lugar, **en la interpretación de la cuestión social**. En el discurso neoliberal, los conflictos, se afirma, se han resuelto; lo que ha quedado en pie es lo único posible, y frente a ello, pareciera, sólo valen miradas cómplices, ninguna mirada alternativa. Así se naturalizan las desigualdades, se las expropia de su carácter histórico y social. Es así que una asombrosa cantidad de intelectuales dedican todos sus esfuerzos a la crítica de las teorías críticas. Resulta preocupante que el valor teórico predominante gire alrededor de la descalificación de toda posible teoría del conflicto. Al amparo de esta suerte de complicidad teórica instalada, se eliminan categorías centrales para comprender la cuestión social; por ejemplo, y entre otras, se elimina a la pobreza como relación social, instalándose en su lugar a los pobres, significados como incapaces, impotentes y atrasados.

Las teorías en boga han psicologizado la cuestión social, produciendo una valoración negativa de aquellos sujetos que demandan lo que otrora fueran derechos sociales, puesto que quienes acuden a ellos expresan y reconocen su "deficiencia" individual para afrontar la vida. Si son deficientes, bien vale entonces en esta perspectiva, perpetuar en los desposeídos una suerte de estatuto de minoridad, de la mano del cual siempre está presente el desprecio y la condescendencia, y la sospecha continua de que se trata de una población sobrante que quiere apropiarse de la ayuda en forma indebida; por lo tanto, quedan expuestos a permanentes vigilancias y evaluaciones por parte de expertos que comprueben la existencia y permanencia de los requisitos que los habilitan para ser tratados como pobres. Nuestro reclamo, sin nostalgia pero con firmeza, se dirige a recuperar el valor de la

teoría como crítica de lo existente, como interpelación de la realidad y de los conflictos que nos atraviesan.

2.- Otra maniobra discursiva importante reside en **el cuestionamiento de la validez del concepto de derecho social**, que es sustituido por el de deber moral. La asistencia social ha dejado de obedecer al derecho de los desposeídos para constituirse en un deber moral de aquellos que están en condiciones materiales de ayudar. A los pobres, ni justicia, ni compensación por las injusticias: a lo sumo, y en el mejor de los casos, piedad. Con ello, se absolutiza la definición de la asistencia en el campo de los dominantes, y por esta vía se clausuran los espacios de pacto y negociación, propios de los derechos sociales. Todas estas visiones son inculcadas hasta la coacción.

3.- El modelo aumenta, también para nosotros, los requisitos en los parámetros de **eficiencia y productividad**, exigiendo cada vez más elementos para la definición y tratamiento social de los pobres, tratamiento que viene a consistir, básicamente, en volver "razonables" sus demandas -según la razón dominante, claro está-. Las exigencias de focalización, tanto de las necesidades como de la población que merece ser atendida, nos colocan en el lugar de expertos habilitados para clasificar a las personas. Si pensamos, por ejemplo, que nosotros somos emisores casi con exclusividad de los aparentemente neutros certificados de pobreza, veremos que esa operación tan cotidiana está poblada de significaciones, ya que el certificado de pobreza implica, fundamentalmente, una asignación de identidad, a través de la cual se ponen en juego múltiples ejes de inclusión y exclusión.

Esto es lo que se está jugando en la perspectiva tecnocrática que intenta imponerse. El modelo actual está invocando permanentemente el saber tecnocrático, un saber tecnocrático que tiene algunas operaciones discursivas importantes de destacar:

3.1.- la identificación de lo que existe con lo único posible, de manera que se identifica orden posible con orden vigente.

3.2.- La reducción de la razón a una racionalidad técnica que selecciona estrategias al margen de la inclusión de otras racionalidades, y de la reflexión sobre las condiciones sociales de producción de las diversas racionalidades.

3.3.- La transformación de los problemas sociales en problemas técnicos de costo-beneficio, cuya solución está en manos de técnicos, y al margen de cualquier discusión en el espacio público. El horizonte se acota a la administración del statu quo. La destreza y el buen oficio pretenden sustituir a la conciencia y la voluntad colectiva.

3.4.- El saber tecnocrático es un saber interesado en asegurar y ampliar el campo de acción del control social. Quizá no seamos conscientes los trabajadores sociales de las múltiples actividades que realizamos en orden al control social de la población.

Así, propuestas aparentemente novedosas y que prometen un futuro de seguridades, la propuesta de gerencia social, por ejemplo, a nuestro criterio promueve la acción social como marketing empresarial y como una olimpiada de la beneficencia, que lejos está de una restauración ética por los más débiles ni un compromiso humanitario como responsabilidad cívica de todos sino más bien, un planteo de vivir sin sufrimiento. Esta perspectiva está muy influenciada por una visión productivista y competitivista de las acciones que se ejecutan, de la eficiencia en la gestión, de la excelencia como objetivo permanente de hacer más y mejor con menos recursos, pero circunscrito y limitado. La propuesta es "elevar la productividad de los pobres" tomando los roles empresariales como parámetro de la acción social; es como si ahora todos tuvieran que ser empresarios, microempresarios, microcomerciantes, microemprendedores, microproductores, etc.

Otro ejemplo: en este contexto se viene consolidando lo que genéricamente se denomina las fundaciones de empresa, producto de las interacciones entre el sector no gubernamental y el privado en lo que se refiere a las prácticas de acción social. En este caso las empresas tienen ventajas en desgravaciones impositivas en tanto se ocupen de un rubro llamado "ayuda social", pero lo que viene ocurriendo es que esa ventaja es destinada a sus propias fundaciones, en donde reciclan su imagen para vender más o tener mayor influencia o prestigio. De manera que esto que viene llamándose la nueva ética de los negocios funciona con el mismo criterio empresarial de relaciones públicas y gestión de marca, no como la asunción de un compromiso solidario y una responsabilidad pública.



Para sintetizar, el neoliberalismo ha tomado forma al interior de nuestras profesiones, a través de las prédicas neofilantrópicas, que, al calor de la reducción del gasto social, intentan consolidar el desplazamiento de una concepción de la intervención social basada en derechos sociales, a la de una intervención sustentada por piedad y otros deberes morales. Nuestra práctica cotidiana constata a diario cómo la ola reaccionaria actual contra la ciudadanía social amenaza al conjunto de las dimensiones constitutivas de la ciudadanía plena, proceso que viene siendo denominado como de **des ciudadanía**, y que al interior de nuestra profesión se manifiesta en lo que podríamos llamar la **neofilantropía**, expresión específica para el Trabajo Social del neoliberalismo y el neoconservadurismo, retro trayéndonos, con nuevos ropajes, a la prehistoria de la ciudadanía social, en que se consideraba al problema de la pobreza y la indigencia como objeto de sentimientos privados de compasión y piedad hacia los grupos más vulnerables. La prédica neofilantrópica interacciona con la consideración del otro como víctima, no como ciudadano, y por lo tanto le ignora su derecho a pertenecer a la comunidad política, aunque su suerte en el mercado le haya sido adversa. De esta manera, propicia el debilitamiento de la forma deber en el espacio público, y promueve la pérdida de su resonancia colectiva: la caridad, el espíritu humanitario obedecen ahora a los estremecimientos del corazón y no al derecho social o a un imperativo ético. Se trata de un proceso de **semiotización ideológica** que intenta producir la convicción (casi religiosa) de la desigualdad entre los hombres, introduciéndola y preparando agentes sociales para que la introduzcan, en todas las dimensiones objetivas y subjetivas de la vida social<sup>3</sup>. Esta es la estrategia discursiva central que hoy se abre paso en nuestra profesión: el desplazamiento de la intervención en la cuestión social basada en una concepción de derechos y responsabilidades sociales, a una con fundamento en el deber moral.

#### **4.- LAS HUELLAS EN NUESTRA IDENTIDAD.-**

Podría señalarse una tradición en el camino de pensar la identidad como un conjunto de rasgos y características que portan sujetos, grupos o pueblos, y que los distinguen de otros. Estos rasgos generalmente se heredan, se mantienen y se

---

<sup>3</sup>Tomado de la ponencia de Alicia Stolkiner, titulada "¿Cuáles son las posibilidades de construcción de ciudadanía en la actualidad y qué transformaciones se producen en la vida cotidiana?" - VII Congreso Latinoamericano de Medicina Social - Año 1997.

transmiten. Entonces el camino sería sencillo y lineal, bastaría con rastrear los rasgos que nos han caracterizado y nos caracterizan como profesión, como si se tratara de un catálogo de virtudes en un momento, de saberes y conocimientos en otro, de compromisos, utopías y valores en otros. Arribaríamos así, supuestamente, a la tan ansiada caracterización sobre la identidad del Trabajo Social. Esta tarea ha sido emprendida por más de uno en nuestra profesión, y los resultados siempre han sido erráticos, y, en esta búsqueda esencialista de la identidad perdida, nunca han logrado dar cuenta de la complejidad que el problema encierra.

Pero desde otro lugar, podríamos pensar la identidad como una construcción histórica, compleja, polifacética, contradictoria. En esta perspectiva, ya no hay espacio para hablar de una identidad, sino de identidades plurales, y en términos de Laclau, siempre contingentes y precarias. Siempre habitadas por procesos de conservación, de superación y de ruptura.

Por lo tanto, la identidad no es una esencia fija e inmutable, sino un proceso de constitución histórico mediante una red de vínculos medianamente estables y significativos, y de relaciones que los sustentan. Desde estas relaciones y representaciones, un sujeto -sea individual o colectivo- construye su autoimagen y la imagen del otro: la identidad se estructura, se mantiene o se modifica en relación con otros. Para el caso del Trabajo Social, la identidad no es solo una definición acordada por el colectivo profesional, tampoco es una serie de rasgos o características que portamos, sino que es todo ello y además, también se constituye de la mirada que los otros construyen sobre nosotros. La mirada de los otros marca profundamente nuestra mirada sobre nosotros mismos, y es por ello que también nos constituye.

Giddens sostiene que es necesario entender los imaginarios sociales como un sistema simbólico que produce un grupo o colectividad, a través del cual se percibe, se divide, elabora su finalidad. Entre las funciones básicas de estos imaginarios se encuentra la legitimación o invalidación, la inclusión o la exclusión, el premio o el castigo, la designación de la identidad de un colectivo y el ordenamiento de su historia, ubicando los acontecimientos colectivos en una unidad compartida. De ahí la idea de identidad como construcción, que no puede ser comprendida si no es en el contexto societario más amplio.

Afirmar que la identidad no es fija, una e inmutable, invita a pensarla no como unívoca sino como equívoca, pues tiene varios significados, tanto en su contenido, como en los espacios en que se genera y construye. Existen distintas y hasta contradictorias imágenes de lo que es el Trabajo Social, aún entre los mismos profesionales. La profesión se piensa y ejerce desde el gremio, que generalmente se piensa desde "el ser", y desde la academia, que generalmente se piensa desde el "deber ser". Ambas instancias, por momentos divorciadas, por momentos articuladas, por momentos mimetizadas, son espacios privilegiados en los procesos de constitución de nuestra identidad profesional.

Concebir la identidad como equívoca y multifacética, remite, ineludiblemente a su carácter histórico, y desde el mismo a la preservación y recreación como dimensiones constitutivas de la misma. Es en este marco que podemos decir que cada momento en que a través de la construcción de nuestra identidad hemos ordenado nuestra propia historia, produjo rupturas y cimbronazos, superó aspectos y fue dejando su impronta en la historia de nuestra propia consolidación.

Y hoy, en el contexto al que aludíamos en la primera parte, el modelo neoliberal ha violentado la base de sustentación teórica, funcional y laboral del Trabajo Social, violentando por tanto la identidad construida. Las coordenadas de las formas de nombrar e interpretar las transformaciones sociales se ven replanteadas. Como consecuencia, las evidencias compartidas están resquebrajadas. Esto debe ser asumido, juntamente con la incertidumbre que viene a interpelar algunos contenidos del imaginario profesional, dejando como insuficientes y obsoletos ciertos enfoques del Trabajo Social. Hoy ya no hay espacio, dentro de nuestros imaginarios profesionales, para las miradas binarias, cualesquiera sean sus polos; ya que al mismo tiempo que la sociedad se reconfigura le ocurre otro tanto a los esquemas de interpretación, se están quebrando las viejas lentes epistemológicas y teóricas. Todos los criterios binarios de categorización estallan: dominantes-dominados, periferia-centro, burguesía-proletariado, y también público-privado, estatal-societal, etc. etc. Ya no podemos seguir manteniendo -como el contexto de la Reconceptualización nos permitía- la esperanza en la existencia de reservas

culturales intocadas, puestas en un sector popular homogéneo, desde el cual podríamos interpelar a todo el sistema. La heterogeneidad social ha hecho retroceder a la clase universal salvadora y a la utopía concomitante. Hoy se torna necesario reconocer que los procesos simbólicos de expectativas de la modernización no quedan en la frontera de la población; la mayoría podrá estar al margen de los beneficios tangibles del proceso, pero toda la población participa de sus expectativas. Se trata de procesos que han permeado profundamente a todos los sectores sociales.

Nuestro campo, entonces, viene siendo poblado por múltiples sujetos, que no están solo en la pobreza, ni cautivos de las Políticas Sociales del Estado. Pues entonces, ¿dónde están?. Los vemos dispersos por todas partes, en la fragmentación de esta sociedad de fin de siglo. Los vemos en los escenarios más ligados a la concentración del poder, en las madrugadas más crueles de las esquinas urbanas, en las soledades escondidas y nostálgicas de los “no lugares”, los vemos alienados en las expresiones de la violencia, los vemos, en definitiva, en toda oportunidad en que la diferencia se ve reprimida, y ello no reconoce sólo diferencias de clases.

Preguntarse por los sujetos es preguntarse por su modo de subjetivación, esto es, cómo las condiciones de vida se internalizan en la estructura de personalidad. En términos de Sartre, implica preguntarse qué hace el hombre con lo que han hecho de él. No hay pensamiento a priori en este terreno que sea fructífero. Es necesario atender a ciertos modos de subjetivación propios de prácticas sociales concretas y situadas.

Por otra parte, haciéndonos eco de la noción que indica que las Ciencias Sociales trabajan con “objetos que hablan” (Bourdieu, 1983) es imposible soslayar la problematización del objeto de nuestra disciplina: nuevos sujetos que construyen o redefinen, según se trate, nuevos objetos de intervención<sup>4</sup>. Al respecto, una advertencia: tomamos sustancial distancia de las perspectivas que buscan captar el objeto de estudio –y también de intervención- como si éste fuera una posibilidad unívoca y excluyente, en una posición de totalidad totalitaria que busca la definición

---

<sup>4</sup> Seguimos nuevamente las conceptualizaciones epistemológicas de Bourdieu, y sus nociones de objeto real y objeto construido, que ya fueran incorporadas y problematizadas por otras producciones en el campo del Trabajo Social. Entre otros, Estela Grassi, Susana García Salord y Margarita Rozas.

de un único objeto. Afán idealista y pretensión errática que, aún en la actualidad, sigue provocando adhesiones.

Por el contrario, a fin de siglo la Teoría Social ha admitido como constitutiva a ella la categoría de DIFERENCIA, abriendo así camino a distintas posibilidades de construcción a este respecto. En consecuencia hoy es saludable para el Trabajo Social hablar de la construcción teórica de su objeto tanto de estudio como de intervención, admitiendo diferentes conceptualizaciones según sea el marco teórico que se tome como referencia.

Por lo tanto, estamos afirmando un proceso de reconfiguración del campo profesional: a él ingresan prácticas y representaciones sociales que emergen en torno a situaciones conflictivas que atraviesan los sujetos al vivenciar la ruptura de ciertas redes sociales, lo cual obstaculiza la realización de procesos que satisfagan sus deseos y necesidades (materiales-económicas; culturales; sociales o simbólicas). Todo ello, cualquiera sea el escenario desde el que estos sujetos participan en la producción-reproducción de la existencia social y en la distribución del ingreso, que indica niveles diferentes de consumo. Alejándonos de posiciones economicistas, reconocemos en la actualidad que la posición en el campo económico es sólo uno de los ejes de integración o exclusión: hoy cobran también relevancia otras posiciones, como la de género, la étnica, el capital cultural, el capital social, las preferencias sexuales y otras.

Los profundos cambios a que asistimos dejan así un campo “minado” de identidades y prácticas sociales que hoy desafían la eficacia, eficiencia y oportunidad de las intervenciones profesionales, y en particular del Trabajo Social. En términos de Giddens, asistimos a la producción-reproducción de una nueva institucionalidad, creada por la emergencia de nuevas prácticas sociales, y una nueva forma de regular las relaciones y la convivencia social. Proceso por demás conflictivo que al incidir –en el plano de la subjetividad- en las matrices de aprendizaje, deja marcas profundas y abre espacios a crisis de identidad social, sobre la base de que han cambiado también –en el plano de la objetividad- sus condiciones de existencia.

Pero más allá de todos los cambios enunciados -y aquí encontramos aquellos aspectos de conservación que hacen a nuestra identidad- es posible hablar de un

campo de intervención pertinente a nuestra disciplina que se delimita recuperando ciertas constantes de las diferentes lógicas del campo social, y que se estructura como campo profesional. Es decir, hay un núcleo duro de nuestra identidad que se mantiene, y que de alguna manera hace -sin caer en planteos esencialistas- a la esencia de nuestro oficio y al sentido de nuestra profesión. Ese núcleo duro radica en que el Trabajo Social -que, como toda práctica social, está estructurada por una situación macrosocial estructurante- significa una intervención social con el propósito de transformar o estabilizar cierto aspecto de la realidad social. En tanto práctica social, y distinguiendo a las prácticas por su objeto, Trabajo Social es al mismo tiempo una práctica distributiva y una práctica cultural. Decimos que es una práctica distributiva, en el sentido de distribución de valores de uso entre individuos, grupos e instancias sociales, cuyo objetivo es lograr una distribución deseada. Y decimos que es una práctica cultural, entendida como constelación de símbolos y formas culturales sobre las que se forman las líneas de solidaridad y fragmentación entre grupos, y su propósito es la transformación o la reproducción de estas herramientas del discurso. Y es aquí donde queremos ubicar el combate a fondo contra la neofilantropía, contra su particular interpretación de las necesidades y contra los procesos de des ciudadanización que provoca: trabajamos con sujetos sociales que circulan y buscan satisfacer sus necesidades materiales y simbólicas en ámbitos públicos, estatales o de la sociedad civil, en tanto ciudadanos, esto es, sujetos investidos de derechos, y no en tanto objetos de compasión.

Cuando mencionamos que trabajamos con sujetos sociales que circulan en la búsqueda de satisfactores, estamos conceptualizando distintas formas de interacción entre sujetos: una forma muy importante de interacción es la transferencia de prácticas a través de límites entre ámbitos. Para el caso del Trabajo Social, individuos y grupos, en su lucha cotidiana por la reproducción dentro de un mismo ámbito, intentarán a veces basarse en experiencias vividas en otros ámbitos. De manera que el funcionamiento interno de un ámbito de prácticas sociales puede promover la transformación de otros ámbitos en virtud de la participación común de individuos y grupos que transfieren sus experiencias. Con lo que queremos significar que las prácticas que se desarrollen a nivel familiar, grupal, comunitario o institucional dentro del campo de nuestra profesión, pueden ser transferidas a otros ámbitos de la interacción social, y con ello, indirectamente, aportar a la constitución

de ciudadanía o bien alentar procesos de des ciudadanía. Es decir, la pérdida de identificación, tanto racional como afectiva, con los derechos, con la conciencia de tales derechos, y con las instituciones representativas de los derechos de ciudadanía. La des ciudadanía produce un profundo debilitamiento en la capacidad del ejercicio de los derechos. El problema de la degradación ciudadana, dirá Habermas, es que tiende a que el malestar se diluya hacia adentro o hacia los costados, más que hacia arriba.

Nosotros insistimos mucho en las relaciones entre Trabajo Social y Ciudadanía -que por razones obvias no podemos desarrollar aquí- porque reconocemos un desplazamiento, en el Trabajo Social -y en la sociedad toda- desde lo que históricamente fueron "los de abajo" hacia "los de afuera", que expresan nuevas modalidades de la cuestión social hoy: cada día más la exclusión sociocultural tiende a ubicarse en el centro de la dinámica del conflicto social. La mayor cercanía del Trabajo Social con la cuestión de la ciudadanía se entabla a nivel de los derechos sociales, concebidos como espacio de construcción de sujetos que se emancipan de las limitaciones básicas que su condición le impone a su disposición. En esta perspectiva -que inauguró el mismo Marshall- seguimos pensando en los derechos sociales como habilitaciones para su ejercicio, como desarrollo de capacidades, abiertos a la posibilidad de su conquista, y por lo tanto presuponen la constitución de actores que "ganen" el espacio político que posibilite su implementación efectiva. Entendemos que el Trabajo Social ocupa un lugar privilegiado en el terreno de la acción social en relación a la ciudadanía o a la des ciudadanía.

De manera que somos, a la vez, los mismos y diferentes, porque los escenarios que nos han constituido como sujetos profesionales se están borrando, al mismo tiempo que aparecen otros, muy ricos y complejos, que producen modificaciones en la práctica de todos los sujetos, también del trabajador social. Lo cual impacta a manera de desencanto en nuestras prácticas y representaciones profesionales. La tarea, a nuestro criterio, consiste en convertir ese desencanto en fructífero: asumir nuevas identidades en los "Otros", implicará - más tarde o más temprano- asumir que podemos y sabemos hacer y decir con ellos nuevas cosas sobre ellos, al mismo tiempo que podemos lograr resignificaciones acerca de los sujetos con los que trabajamos, en relación a sí mismos y a los otros. Nuestro lugar

podría ser un “no lugar” en la intervención en la medida que no seamos capaces de articular nuevas lógicas a las nuestras y hacer florecer desde nuevas raíces discursos y actos diferentes. Las prácticas sociales de los trabajadores sociales, mirados cada uno de ellos como sujetos, esto es, más allá de su lugar en el campo profesional, también están marcadas por la segmentación, las inseguridades, el desaliento y las nuevas búsquedas. Todo su “ser” está atravesado también por las contradicciones que vemos en los “Otros”. ¿Podemos todavía admitir siquiera que ello no repercute en el hacer profesional, aún cuando no lo hayamos objetivado como un obstáculo del área de nuestra propia identidad y afectividad? Intuimos que las aparentes disociaciones en las que a veces nos movemos constituyen el camino por el cual arribar a nuevos posicionamientos frente a sujetos y objetos nuevos, y que ello se traducirá en la intervención profesional.

La tarea entonces, para producir frutos desde el desencanto consiste a nuestro criterio en asumirnos como sujetos inmersos en estas tramas a las que aludimos, y también prepararnos para afrontar como profesionales e intelectuales los desafíos y exigencias que aquellas tramas les proponen a nuestras intervenciones profesionales.

## **5.- EN RELACION A LA FORMACION.-**

En el plano académico, podríamos parafrasear a Marc Bloch: "Hemos combatido, largamente, juntos, por una historia más amplia y más humana. En el momento en que escribo, sobre la tarea común se ciernen muchas amenazas. No por culpa nuestra. Somos los vencidos provisionales de un injusto destino..." (1941).

Estamos convencidos de que la perspectiva tecnocrática, articulada con la olimpíada de la beneficencia que hoy nos propone el discurso neofilantrópico al interior de nuestra profesión, no es para nosotros un destino ineludible, sino que merece ser debatida. No creo que nuestra única opción sea la legitimación acrítica de tantas arbitrariedades.

Y en ese camino estamos: dibujando nuevas cartografías para la profesión en un momento instituyente, de elucidación, en el sentido de que estamos pariendo nuevas significaciones. Consideramos que ésta ha sido la impronta de la década de



los 90 en nuestros debates: al mismo tiempo que se vienen discutiendo las relaciones entre el Trabajo Social y la Sociedad, se ha pensado al Trabajo Social en el campo de las Ciencias Sociales.

Hace muchos años ya, Sergio Bagú señalaba que es en medio de las crisis cuando las sociedades comienzan a mirarse críticamente a sí mismas. Lo mismo podría decirse respecto a las profesiones. Las crisis y transformaciones de los sistemas sociales van de la mano con las crisis y transformaciones de sus imágenes interpretativas. Una teoría es un sistema de categorías de percepción. Toda política, programa o estrategia de intervención tienen una racionalidad específica que debe ser reconstruida, si queremos dar cuenta de ellos. Este es el marco en que intentaríamos definir por dónde va prioritariamente la formación de los futuros profesionales, de cara al 2000.

Los cambios que hemos referido y que han impactado fuertemente en nuestra identidad, se manifiestan a nivel educativo: producto de la nueva división de funciones entre el Estado y el mercado, se produce un proceso de dualización en el consumo de bienes educativos, como parte de lo que se viene denominando el ajuste cultural. En esta dualización de funciones, el mercado tiende a optar por las ofertas educativas que mejor realimenten su propia dinámica, esto es, capacidades para incrementar la tasa de ganancia.

Esta apreciación podría hacer dudar de las posibilidades de Trabajo Social. Todo haría pensar en la desaparición de nuestra profesión como práctica específica. Sin embargo no es así: el dilema para las sociedades que se van estructurando según el modelo vigente, consiste en que la renuncia por parte del Estado a una dirección estratégica de la sociedad incluye la renuncia al control de la tasa de ganancia, pero concomitantemente -y con efectos desfavorables para el conjunto de la sociedad- la renuncia a la regulación de la conflictividad social, que estalla y se multiplica. Esta renuncia no podrá ser eterna. El Estado y otras organizaciones de la sociedad civil deberán, más tarde o más temprano, recuperar para sí los procesos de regulación de la cuestión social, so pena de firmar su propia sentencia de muerte.

Esta hipótesis permite conjeturar, hacia el mediano plazo, no solo la recuperación de espacios transitoriamente perdidos para nuestra práctica profesional, sino la ampliación de nuevos horizontes hoy no estructurados formalmente. De ahí la importancia de una sólida formación profesional, con fuerte contenido teórico, que nos permita conceptualizar los distintos problemas sociales, analizar sus determinaciones y consecuencias; que nos habilite para proponer soluciones eficientes y eficaces; que nos instale definitivamente en el campo de la producción de conocimientos a través de la investigación social. Todo ello a partir de una fuerte inscripción en el campo de las Ciencias Sociales. Queremos profesionales capaces de intervención con eficacia social y gestión competente, y capaces de producir conocimientos.

Creemos que el desafío fundamental de nuestros centros de formación en la actualidad del capitalismo, consiste en impedir que sea desbaratado el pensamiento crítico. Y lo venimos logrando, a medida que venimos democratizando nuestras razones. Discusiones como las que se dan hoy eran impensadas hace veinte años, en que predominaba un discurso apologético, misológico y prescriptivo. Claro que el proceso de elucidación en el que estamos embarcados no garantiza los cambios, pero crea las condiciones para que el cambio sea posible. Por eso nuestra historia podría ser contada en tres momentos: en nuestros orígenes, el hacer; luego, pensar lo que hacemos; hoy, queremos saber lo que pensamos.

En este marco, y así como al comienzo hicimos referencia a algunas significaciones que nos han sido otorgadas desde el polo de la negatividad, hoy, hace muy pocos días, encontramos una apreciación de un cientista de las ciencias duras, quien aprecia "el desarrollo intelectual y el aumento del peso académico que está teniendo el Trabajo Social en las universidades argentinas". Y en segundo lugar, considera que los trabajadores sociales somos "cientistas sociales atípicos": a su deseo de conocer la problemática social se suma una fuerte voluntad de modificarla en un sentido ético y de justicia social".

¿Cómo sostener y consolidar este camino en ascenso?

1.- Reconociendo, en primer lugar, que nuestra profesión se define fundamentalmente en el terreno de la intervención. La lógica de la intervención responde a la necesidad de modificar, de transformar, de restituir, de cambiar, y a diferencia de la investigación, su eje no está centrado en el espacio racional sino que contiene a lo racional como MEDIACION, pero se define en el campo de la práctica real. Es la práctica real la que modifica; las ideas operan como mediaciones, no transforman la realidad directamente sino como mediación. Pero es tan importante esta mediación, que si no se redefinen sus contenidos es imposible resignificar la práctica. Pero sin la mediación teórica, la intervención fundada se torna indiscriminada. Este debate necesario al interior de la Academia reactualiza un dilema que se inscribe en los orígenes de la profesión: la necesidad de repensar críticamente la relación entre intervención e interpretación de los fenómenos sociales.

2.- La formación de nuestros estudiantes requiere la recuperación de un horizonte de totalidad, de totalidad abierta, no totalitaria, que permita articular un nuevo discurso de la igualdad, articular discursos y prácticas críticas que entramen lo local y lo global, que sin renunciar a lo institucional impliquen también un compromiso de revitalización de la democracia en la sociedad civil.

3.- Los profesionales de las Ciencias Sociales estamos en un proceso de asunción de mayor humildad disciplinaria, y por lo tanto de menor normatividad. Desde esa humildad, busquemos comprender la complejidad de las dinámicas que se crean entre los múltiples actores sociales. Desde los '60 hasta ahora, el cambio fundamental quizá radique en el abandono de la aventura de los proyectos globales y su sustitución por el interés en las articulaciones intrasociales.

4.- Se requiere una sólida formación en cuanto al papel del Estado. No se requiere ser neoliberal para criticar la hipertrofia estatal, el gigantismo del sector público o la rigidez de las burocracias. El Estado debe ser estudiado articulando con el reforzamiento de la democracia, con énfasis en la concertación social, en la reconstitución de la ciudadanía, en la participación ciudadana, en el papel del Estado como articulador de los distintos actores sociales.

5.- Nuestras curriculas deben prestar especial atención al estudio de la sociedad civil, desarrollando todas las estrategias posibles de intervención en su seno: trabajo en organizaciones de base, económicas o poblacionales. No es fácil ponderar la capacidad de estos movimientos para permear el tejido social. Pero son un reto motivador, porque en su interior se conjugan funciones tales como la administración de la escasez, la movilización de energías sociales dispersas, la desjerarquización de las relaciones, la construcción de identidades colectivas, la resolución socializada de necesidades básicas, la búsqueda de la democracia en pequeños espacios.

6.- Al interior de nuestra profesión y de nuestra formación adquiere una importancia radical una nueva discusión que nos trasciende, a la vez que nos implica profundamente: el debate –a nuestro criterio una dicotomía tramposa- entre "intelectuales" y "profesionalistas". El primero, saber-representación, remite a una serie de ideas y representaciones para ser comunicadas y consumidas por los colegas del campo intelectual. Se trata de bienes simbólicos que circulan entre productores. Tiene una existencia exterior a los individuos, está formalizado y objetivado. El segundo, saber-destreza, sólo existe en forma incorporada, saber en el cuerpo que se asocia con un saber hacer y solo existe en la medida en que se usa en contextos de interacción.

Hoy, previsiblemente, la balanza se inclina hacia el segundo: el capitalismo posmoderno, junto con el muro de Berlín, derriba el muro mucho más antiguo que separaba el conocimiento de la práctica. Es probable que estemos ante una forma sofisticada de antiintelectualismo.

La oposición saber-representación y saber-destreza presenta por lo menos dos problemas:

- desconoce las condiciones sociales de producción de la teoría como conocimiento de la práctica, distinta del conocimiento-destreza;
- no permite pensar y explicar las articulaciones entre estas dos formas de saber, sino que se limita a comprobar y consagrar la hegemonía de un modo de conocimiento sobre otro. Celebración del analista simbólico, que supone una toma

de posición por uno de los dos polos que organizan la estructura de los campos de producción simbólica.

No puede rendirse cuenta de la especificidad del trabajo intelectual si no se supera la visión bipolar del intelectual puro y del intelectual comprometido. Más pertinente es pensar en el intelectual como un personaje bidimensional que solo existe y subsiste como tal si está investido de una autoridad específica que le es conferida por un mundo intelectual autónomo, es decir, independiente de los poderes religiosos, políticos o económicos, y sí compromete esta autoridad específica en las luchas políticas.

Existen una serie de amenazas a la autonomía del trabajo intelectual que surgen de las nuevas formas de mecenazgo que se instauran entre artistas y científicos y ciertas empresas económicas. El control se ejerce no solo desde afuera del campo intelectual, a través de la demanda de servicios simbólicos, sino en el interior mismo de los espacios científico-culturales. Aquí la pérdida de la autonomía tiene que ver con una apropiación gradual de los medios de producción, difusión y consagración cultural por parte de poderes extraintelectuales. Entre ellos, vale la pena mencionar el fortalecimiento del polo de poder tecnocrático de la comunicación...Más que pregonar la muerte de los intelectuales y consagrar el monopolio del "experto", es preciso garantizar una pluralidad de espacios de producción. Entre ellos hay que rescatar el papel del investigador social garantizando las condiciones institucionales que hacen posible una producción autónoma, libre de las determinaciones económicas y políticas y al mismo tiempo profundamente situado en el mundo para afirmar aquellos valores críticos asociados con su condición de autonomía. Para ello es preciso reforzar el control sobre los instrumentos de producción, difusión y consagración del producto de la investigación.

Esta lucha, si quiere ser exitosa, deberá ser colectiva. Para ello se requiere de un programa realista para una acción colectiva de los intelectuales. De allí la necesidad de lo que Bourdieu denomina una "internacional de los intelectuales" o bien un "corporativismo de lo universal", en la medida en que sólo el control sobre los medios de producción nos permitirá a los investigadores reproducir esos

universos sociales privilegiados donde se producen y reproducen los instrumentos materiales e intelectuales de aquello que llamamos la Razón.

Cada una de estas propuestas es sólo una búsqueda a tientas. Pero cada una de ellas vuelve a poner sobre el tapete la tensión entre razón instrumental y razón sustantiva, es decir, entre medios y fines. Este es uno de los grandes dilemas culturales de la actualidad, y en este camino es importantísimo recuperar aquellos conceptos que nos han permitido relacionarnos críticamente con la modernidad, y devolverles su vigencia perdida. Conceptos y valores tales como la alienación, la satisfacción de necesidades sociales, las clases sociales, el cambio estructural, la emancipación... nada de esto resulta irrelevante ni antojadizo. Dos cosas pueden pasar en situaciones como la que estamos viviendo: la impotencia o la inventiva. Apostemos a la inventiva.

En esta apuesta a la inventiva, nos ha interesado concluir con una expresión de Ilya Prigogine:

***"La actividad humana está siempre en la frontera entre lo que sabemos, lo que podemos hacer, lo que aspiramos y nuestras potencialidades. Siempre estamos eligiendo; ésa es la razón por la que es tan importante enriquecer la gama de posibilidades y desarrollar nuevas utopías al final de este siglo, que hagan posible nuevas elecciones".***

## **BIBLIOGRAFIA**

Ansaldi, W.: Disculpe el señor, se nos llenó de pobres el receptor. En Revista Interuniversitaria Estudios Sociales. Santa Fe, Argentina, primer semestre de 1998.

Aquín, N.: Las implicancias de la categoría de ciudadanía en la intervención profesional. En Revista Confluencias. Publicación del Colegio de Profesionales en Servicio Social de la Provincia de Córdoba. Enero de 1999.

\_\_\_\_\_ El Trabajo Social en los 90. En el libro del mismo nombre. Editado por el Colegio de Profesionales en Servicio Social y la Escuela de Trabajo Social de la Universidad Nacional de Córdoba. Córdoba, 1995.

\_\_\_\_\_ La relación sujeto-objeto en Trabajo Social: una resignificación posible. En La especificidad del Trabajo Social y la formación profesional. Espacio Editorial, Buenos Aires, 1996.

Aquín N., González, C.: Mesa de concertación en Políticas Sociales: ¿Modelo para replicar? Espacio Editorial, Buenos Aires, 1998.

Bourdieu P. et al: El oficio del sociólogo. Siglo XXI, México, 1983.

Castoriadis, C.: La institución imaginaria de la sociedad. Tusquest, Madrid, 1983.

Casullo, Nicolás: La Modernidad como destierro: la iluminación de los bordes. En Imágenes desconocidas. La modernidad en la encrucijada postmoderna. CLACSO, 1988.

Gattino. S., Aquín N.: Las familias de la nueva pobreza. Una lectura posible desde Trabajo Social. Espacio Editorial, Buenos Aires, 1999.

Giddens, A.: Las nuevas reglas del método sociológico. Amorrortu, Buenos Aires, 1987,

\_\_\_\_\_ La constitución de la sociedad. Bases para la teoría de la estructuración. Amorrortu, Buenos Aires, 1995.

González Bombal, I.: La visibilidad pública de las asociaciones civiles. Documento CEDES N° 116, Buenos Aires, 1996.

Grunner, E.: Las fronteras del (des)orden. Apuntes sobre el estado de la sociedad civil bajo el Menemato. En El Menemato. Ediciones Buena Letra, Buenos Aires, 1991.

Habermas, J.: Citizenship and National Identity: some reflectioonnns on the future of Europe. Ed. Praxis.

Hopenhayn, M.: El debate postmoderno y la dimensión cultural del desarrollo. En Imágenes desconocidas. La modernidad en la encrucijada postmoderna. CLACSO, 1988.

Laclau, Ernesto: Hegemonía y estrategia socialista. Siglo XXI, México, 1989.

Tenti Fanfani, E.: Del intelectual orgánico al analista simbólico. En Revista de Ciencias Sociales. UNQUI, noviembre de 1994.